

y vivía en las afueras de la ciudad, y ahí dar á luz á su hija Berta, entre terribles y alternados accesos de llanto y cólera. Después de eso, obrando con una frialdad y un endurecimiento de corazón inexplicables á sus años, y no queriendo batallar con la niña ni echarse á cuestras la carga de su culpa, la llevó por sí misma á la inclusa, como queda relatado.

Su incalificable conducta y el extraño é impensado desenlace por ella dado al amoroso conflicto, dejaron en el corazón de Francisco una huella de dolor, que nunca llegó á borrarse. Teodosia y su hija se perdieron para él en el torbellino de la vida, como una gota de agua en el océano, como una voz en el desierto; pues por más empeño que tomó y pasos que fué dando para aclarar el misterio, nunca logró penetrarlo. Así se vió eclipsada para siempre la alegría de su juventud, pues, aparte del peso abrumador de aquella amarga historia, sentía sobre sí el de una responsabilidad imposible de ser satisfecha.

¿Quién podría adivinar el paradero de Teodosia? ¿Quién explicar á qué fin llevó á su hija á la casa de expósitos? ¿Quién asegurar que no haya sido para salir de nuevo á la sociedad, renovada y libre, á fin de seducir otro corazón y conquistar nombre y esposo al abrigo de una falsa virtud? ¿Quién, que no haya sido para

entregarse á la liviandades de la juventud, del amor y de la codicia?

Dejémosla pues, engolfarse en el mar de la existencia, como potente fragata armada en guerra y dispuesta á abordar y echar á pique inexpertos y confiados bajeles; y volvamos los ojos á Palacios, cuyos breves y románticos hechos valen bien la pena de ser bosquejados.

VI

Cómo murió Palacios.

Mientras Berta y Joaquín iban creciendo al abrigo de la Casa de Caridad, arreciaban los vientos revolucionarios fuera del recinto misericordioso. Santa Anna había ascendido á la presidencia una vez más, por medio de la revuelta, y habíase hecho proclamar dictador vitalicio y otorgar poderes para nombrarse un sucesor. Los patriotas volaron á las armas. Corta fué la lucha. México estaba cansado de "su Alteza;" la situación se fué desmoronando como el azúcar en el agua, y el dictador se vió obligado á salir de la República. Al triunfo de la revolución, fué convocado el pueblo para elegir diputados á la Constituyente, y poco después se reunió en México el Congreso Nacio-

nal. Desgraciadamente la discordia había minado al mismo grupo que había derrocado al tirano, y el Presidente Comonfort, que tan eminentes servicios acababa de prestar á la patria en la lucha contra Santa Anna, lanzó á poco el grito de rebelión contra el nuevo orden de cosas; mas el pueblo por movimiento espontáneo, se dispuso á defender la Ley Fundamental.

En circunstancias tan críticas, los fopolitanos, sin distinción de clases, convirtieron su ciudad en centro de resistencia. Gobernaba por entonces aquel Estado el General Parrodi, quien ofreció al Vicepresidente Juárez, ascendido á Presidente por ministerio de la ley, asilo y refugio en Fópoli, donde "estaría resguardado y defendido por los leales pechos de sus conciudadanos." Juárez, encarcelado por Comonfort, pero puesto en libertad muy á poco, había salido de México y establecido su gobierno en Guanajuato. Entretanto, Comonfort se expatriaba y el partido militar hacía Presidente á Zuloaga, quien levantaba un fuerte ejército con los restos del santanista, para lanzarse en persecución del Vicepresidente. El avance del ejército revolucionario obligó á Juárez á salir de Guanajuato y dirigirse á Fópoli. Parrodi entretanto, había invitado á los gobernadores de los Estados para que se le uniesen, y logrado que le secundasen varios de ellos; y una

vez reunidas las milicias provincianas, marchó al encuentro del enemigo.

Juárez y su Ministerio fueron recibidos en Fópoli con indescriptible entusiasmo, é instalados en el Palacio de Gobierno.

Francisco Palacios, en unión de Miguel Cruz Ahedo, Antonio Rosales y Antonio Molina, héroes que han llegado á la inmortalidad, fué uno de los primeros en alistarse bajo la bandera de la legalidad. Sus amores desgraciados con Teodora habían dado nuevo giro á sus ideas; y de joven frívolo que había sido, habíase tornado entusiasta demócrata, con la gravedad y el arranque de un apóstol. Concluidos los estudios, faltábale sólo obtener el título para completar su carrera de médico; pero en medio de la confusión de aquellos tiempos de fiebre, nada funcionaba con regularidad, todo andaba desorganizado y fuera de quicio; y ni los profesores pensaban en examinar á los alumnos, ni éstos en terminar su carrera. Palacios estaba impregnado de las ideas que flotaban en la atmósfera, y, como tenía temperamento exaltado, era uno de los más vehementes sostenedores de las nuevas ideas.

Había sido colocada desde el tiempo de la colonia en una de las torres de la Catedral, una campanilla de timbre penetrante, á la que, por costumbre inmemorial, se daba el nombre de "Campanita del Correo." Sirvió cuando España nos mandaba,

para anunciar la llegada de los virreyes ó de la Nao de China, ó la jura de algún monarca; una vez realizada la independencia, continuó llamando la atención pública hacia las noticias faustas, las cuales, por desgracia, se referían las más veces, á batallas ganadas por mejicanos contra mejicanos. Así, al ser puesto Juárez en libertad, al establecer su gobierno en Guajuato, y á su llegada á Fópoli, no cesó aquel instrumento vocinglero de pregonar y celebrar tales nuevas con su lengua de bronce; y Palacios le oía con tan honda emoción, como si anunciase la vida ó la muerte de sus propios padres. Cuando escuchaba los sonoros y jubilosos repiques de las campanas de la ciudad, que iban en pos de las vibraciones de la campanilla, no cabía en sí de gozo, y se sentía capaz de las hazañas más extraordinarias. Desde los tiempos de su desgraciada pasión por Teodosia, no había vuelto á sentir oleadas de sangre como aquellas, levantadas por la pasión en su pecho juvenil. ¿Cuál no sería, pues, su desesperación cuando supo en día aciago, que Parrodi había sido vencido, y que los revolucionarios avanzaban sobre Fópoli para asesinar el golpe de gracia á la Constitución? Cundió como rayo por la ciudad aquella noticia, alentando las esperanzas de los secretos amigos de los rebeldes, y enardeciendo el furor de los constitucionalistas. Aunque la mayoría de los fopolita-

nos era juarista, los simpatizadores de la revolución no eran pocos ni inútiles, pues contaban con altos y misteriosos apoyos de gente rica y principal. Era Fópoli entónces como hirviente caldero de pasiones, donde nada permanecía sereno, ni en su lugar, pues la discordia política había llegado como el Evangelio, á ser espada colocada entre el esposo y la esposa, el padre y el hijo, y el amigo y el amigo. Grandes intereses en lucha, atizaban el fuego de aquella inmensa hoguera, y los elementos de combate eran colosales; había en la atmósfera algo extraordinario, como pasa en las luchas decisivas, donde se juega el todo por el todo.

Cobraron nuevos bríos los rebeldes después del descalabro de Salamanca, y sus secretos amigos de Fópoli, queriendo apresurar el desenlace, concibieron un plan atrevido para arrancar pronto de su mástil, y arriar para siempre, la bandera de la Constitución; y fué el de apoderarse de Juárez y sus ministros, por medio de un golpe de mano. Para poner por obra el osado pensamiento, cohecharon al Coronel Landa, jefe del cuerpo que custodiaba el palacio; y una mañana, á la hora menos pensada y á la sazón que Juárez y sus ministros estaban reunidos, sonaron gritos y disparos, y Landa al frente de sus soldados, tomó posesión del edificio, redujo á prisión á los Supremos Poderes, armó á los presidiarios y abocó piezas de

artillería en las bocacalles de la plaza principal.

Los milicianos, por su parte, organizaron la resistencia sin pérdida de momento, y abrieron fuego sobre los pronunciados, desde sus cuarteles.

* * *

En uno de éstos, cuyo coronel era Cruz Ahedo, y cuyo comandante era Molina, fué vivísima la indignación producida por aquella infidencia. Palacios pertenecía á ese cuerpo en calidad de capitán. Cruz Ahedo y Molina llamáronle á consejo para acordar lo que debería hacerse para libertar al Presidente y á su gabinete; y después de mucho discutir y considerar, resolvieron realizarlo por medio de un golpe de audacia. Disponían sólo de ciento sesenta soldados; pero ni sabían medir el peligro ni dudaban de nada; todo era posible para ellos. Su arrojo les hacía ver como realizable y aun fácil aquella aventura. ¡Ciento sesenta hombres para atacar una fortaleza! ¡Ciento sesenta hombres, apenas armados, para apoderarse de buen número de cañones! ¡Solamente entónces y á hombres como ellos, pudo ocurrirse idea tan descabellada!

El plan propuesto y adoptado, fué de una sencillez extrema. Convínose formar cuatro pelotones con los ciento sesenta milicianos, y que cada uno de éstos

se dirigiese por calles diferentes y en actitud pacífica, hacia la plaza principal. Una vez llegados á aquel sitio, dos de ellos deberían romper el fuego sobre las alturas, en tanto que los otros dos atacasen á la guardia. Palacios aplaudió la idea con entusiasmo, y pidió y obtuvo el mando de uno de los grupos.

Al siguiente día por la mañana, y á la plena luz del sol, salió en efecto, del cuartel, aquel puñado de bravos, dividido en cuatro secciones. Los transeúntes que vieron á los milicianos transitar por las calles, aparentemente descuidados, no sospecharon nada, y los grupos armados pudieron llegar inadvertidos al lugar de la cita. Los de Palacios y Molina fueron designados para atacar la guardia; los otros se encargaron de batir á los landistas apostados en las alturas.

Una vez á la vista del Palacio, dió Francisco la voz de "¡alto!" á su pelotón; y con las facciones alteradas por la gravedad del momento, pero con ademán determinado y voz potente, dijo desenvainando el acero:

—Compañeros, somos pocos, pero como despreciamos la muerte, podemos valer por todo un ejército. ¡Vamos á librar á los Supremos Poderes! ¡Adelante!

En aquel momento, los otros pelotones habían roto ya el fuego sobre las alturas. Esta circunstancia impidió al joven sorprender á la guardia; así que, cuando

avanzó á paso veloz, fué recibido con una descarga cerrada. Los proyectiles alcanzaron á varios de los suyos, que rodaron por tierra; pero los que quedaron en pie, siguieron avanzando. Nuevos refuerzos salieron del interior del edificio para repeler á los asaltantes, y llegaron también más milicianos á unirse con los de Palacios; y así fué haciéndose el combate á cada momento más serio y comprometido. Aunque los fuegos cruzados de las alturas sobre aquel puñado de valientes, iba mermando á cada paso sus filas, sordo á las voces de la prudencia ó del miedo, fué ganando terreno palmo á palmo, y pronto, al combate á distancia, sucedió la lucha cuerpo á cuerpo; pero los soldados de línea, heridos de cerca por los milicianos, caían en gran número delante de la puerta, é iban formando un nuevo obstáculo al avance de los asaltantes. Los artilleros entretanto, habían logrado sacar y descargar algunos cañones; pero como los milicianos no iban en grupo compacto y habían acabado casi por mezclarse con la guardia, los disparos hicieron más ruido que víctimas.

Espada en mano caminaba Palacios como una tromba, sin que nada ni nadie pudiese atajar su empuje, y los hombres que iban tras él, electrizados por el ejemplo, menospreciaban las balas, tanto como él mismo. Así lograron, arrollándolo todo, colocarse bajo el arco de la puerta

principal. En aquellos momentos el espectáculo era sublime: rugía la fusilería, los proyectiles hendían el espacio, nubes de humo se elevaban por donde quiera, y á la luz del sol y al fulgor de los disparos, se veía el suelo sembrado de cadáveres. La confusión había llegado á su colmo: el comandante Molina habíase apoderado de uno de los cañones, había trepado sobre él á horcajadas, y probaba á dispararlo con su tabaco encendido, pero en aquel momento una bala enemiga le destrozaba el cuadril y le derribaba agonizante; Cruz Ahedo y Palacios estaban ya en la puerta del edificio: allí se había trabado un combate desesperado de tiros, cuchilladas, ballonetazos y culatazos. Los defensores, impotentes para rechazar el asalto, se esforzaban por cerrar los batientes de madera, mientras pugnaban vigorosamente los milicianos por impedir la maniobra, y en medio de la refriega, unos y otros caían confundidos, formando sangrientos montones. Al fin, sobreponiéndose el mayor número á la valentía de los pocos, logró la soldadesca cerrar las hojas enormes, pero no antes de que algunos milicianos quedasen por la parte de adentro. Del número de éstos fué Palacios, á quien parecían respetar las balas y los sablazos. Lívido, desgarrado, perdido el sombrero y cubierto de sangre, siguió adelante, como en sueños, llevando en una mano la espada y en otra la pistola; así subió la esca-

lera en medio de la confusión de la soldadesca que bajaba y subía, y, llevado por el torbellino, llegó hasta el lugar mismo donde se hallaban Juárez y los ministros. En aquellos momentos un pelotón de pronunciados enardecidos por el ataque, se preparaban á fusilar al Presidente y á los que formaban su cortejo. Palacios presencié absorto aquel tremendo espectáculo: el pelotón en fila, tendía los fusiles, y la figura de Juárez, pálida, pero imponente, se destacaba sobre el marco de una puerta. Su tez bronceada y la inmovilidad de sus facciones, le daban la majestad de la estatuaría; los ministros se mantenían á su lado. Palacios oyó la orden de preparar las armas. . . . Todo parecía perdido. . . . Pero cuando iba á sonar la voz de "¡fuego!" uno de los ministros, blanco, melencólico y con espejuelos, se interpuso entre los soldados y el presidente, y levantando con uno de sus brazos las bocas de los fusiles, gritó:

—¡ Los fopolitanos son valientes, no asesinós! ¡ Saben morir y matar en el combate; no sacrificar hombres pacíficos! ¡ Viva Fópoli! ¡ Abajo las armas!

El oficial y sus hombres quedaron atónitos: aquel arrojito y aquellas palabras los subyugaron, y, sintiendo vergüenza por lo que iban á hacer, despertaron de su delirio sangriento. Hubo un momento de duda; de él los sacó Palacios, gritando entusiasmado, loco y sin poder contenerse!

—¡ Viva el Presidente! ¡ Viva la Constitución! ¡ Mueran los vendidos!

Su acento hizo estremecer de rabia á los soldados. Una víctima se les escapaba, pero otra se les venía á las manos. La atmósfera estaba caldeada por la ira, y el instinto de la fiera se había despertado en el hombre. Los fusiles se volvieron sobre Francisco y se dispararon casi por sí solos. El joven rodó por tierra acribillado de balas, y aun muerto, conservó asidas la espada y la pistola.

Entretanto, cerrada la puerta, se estrellaron contra ella los esfuerzos de las mermaidas filas de los asaltantes, pues aunque varias veces intentaron éstos derribarla, arrojándose sobre ella con ímpetu furioso, otras tantas fueron rechazadas con pérdidas enormes para su escaso efectivo; así que los restos sangrientos de aquella legión de bravos, tuvieron al fin que abandonar la inútil porfía, aunque de mala gana y retirándose paso á paso.

Aquella hazaña, aunque frustrada, dió á Landa la medida de lo que eran y valían los patriotas de Fópoli; así que al siguiente día, determinó darse á partido, entregó el Palacio, puso en libertad á los Supremos Poderes y evacuó la población.

Juárez y su grupo lanzaron manifiestos en que dieron testimonio de su reconocimiento y admiración hacia el pueblo de aquella ciudad.

"¡ En esta fase de la gran lucha de la

humanidad (decía uno de ellos firmado por Juárez), entre los que tiranizan y los que libertan, entre los que especulan y los que prodigan cuanto poseen, la victoria es digna de su teatro, porque Fópoli es una tierra consagrada por el valor y por la libertad!"

Así, debajo de aquella historia grandiosa, se desarrolló y llegó á su epílogo la de aquel joven heroico y entusiasta que parecía llamado á altos destinos; y sin que nadie lo supiese, perdió á su padre, que nunca conoció, aquella niña rubia y hermosa, que tomaron bajo su protección las hijas de San Vicente de Paul.

A la sombra de los dramas públicos, suelen desenvolverse los pequeños y oscuros de la vida humana, callados é invisibles, pero no menos hondos ni patéticos que aquellos.

VII

Un Náufrago.

En medio de aquellas escenas flamigeras de lucha y exterminio, y entre el rugido de las pasiones y el combate gigantesco por la supremacía del poder, habían ido creciendo y entrando en la vida Ber-

ta y Joaquín. Tan pronto como terminó su lactancia, pasaron al departamento de párvulos, donde fueron recibidos con ósculos por la hermana Petra, otra religiosa no menos tierna y cariñosa con los niños, que sor Marcelina. Ya por entonces Berta y Joaquín calzaban zapatitos y llevaban sueltas batas y largos baberos que les llegaban hasta el tobillo; y podían marchar por sí solos, aunque trastabillando, por los "ambulatorios" de su departamento.

Por los días en que este capítulo se abre, sufría un asedio la ciudad; pero la Casa de Caridad había quedado fuera del recinto fortificado. Las fuerzas sitiadoras circunvalaban la población y la embestían por todas partes; la fusilería rugía rabiosa por el día y casi no cesaba por la noche. El cañoneo era intermitente; pero á ratos retumbaba ensordecedor, haciendo trepidar el suelo de la ciudad. Los beligerantes habían tratado de tomar posiciones en las alturas del Hospicio; pero con ruegos y súplicas, había logrado sor Ignacia hacerlos prescindir de su intento, para que aquella Casa de Caridad fuese como isla de paz en medio de los horrores de la lucha.

La mañana á que nos referimos, amaneció más encarnizado el combate que los días anteriores, pues, á lo que se decía, el ejército sitiador había emprendido ataques parciales sobre la plaza, y, aunque había sido rechazado en casi todos, había logra-